

January 1977

El Cura en El Quijote

Hno. Ramiro Pinzón Martínez
Universidad de La Salle, revista_uls@lasalle.edu.co

Follow this and additional works at: <https://ciencia.lasalle.edu.co/ruls>

Citación recomendada

Pinzón Martínez, H. (1977). El Cura en El Quijote. Revista de la Universidad de La Salle, (1), 97-109.

This Artículo de Revista is brought to you for free and open access by the Revistas de divulgación at Ciencia Unisalle. It has been accepted for inclusion in Revista de la Universidad de La Salle by an authorized editor of Ciencia Unisalle. For more information, please contact ciencia@lasalle.edu.co.

El Cura en El Quijote

Por el Hno. Ramiro Pinzón Martínez, F.S.C.

Seguramente uno de los curas párrocos más importantes de España fue el Presbítero Pedro Pérez.

La debilidad fonética que presenta con frecuencia la *d* castellana hizo que en vez de *Pedro* se dijera *Pero* y sea *Pero Pérez* el nombre con que comúnmente se conozca en la historia el personaje que nos ocupa.

Veamos en qué forma tan natural hace su aparición en la Historia: Una mañana de un caluroso día del mes de julio, cuenta el historiador, dejó Alonso Quijano su casa sin que nadie lo viese, ni tuviera tiempo siquiera de enterarse de ello. Por lo demás iba disfrazado de tal manera que hubiera sido imposible identificarlo. La visera le cubría totalmente el rostro y, cuando se quiso darle de beber, debióse utilizar un tubo a modo de pitillo. Como es muy natural en nuestras pequeñas poblaciones, uno de los primeros en enterarse de lo sucedido fue el señor cura; casi inmediatamente después de enterarse del suceso acudió a casa del desaparecido.

Acompañó al señor Licenciado en esta visita y también en su entrada en la historia, el barbero Maese Nicolás. Los tres, Pérez, Quijano y Nicolás, eran muy amigos, y con frecuencia sostenían largas conversaciones. En ellas de seguro sería Alonso Quijano el interlocutor más interesante y a

quien correspondería la parte principal; el cura desempeñaría el papel de moderador y daría sus opiniones y las defendería con aquel aplomo y prudencia que en tantas ocasiones manifestó. Nicolás, no tan culto como Alonso ni tan prudente como Pedro, amenizaría esas largas sesiones con cuentos llenos de interesante picaresca, o las salpicaría con observaciones hijas de esa filosofía aprendida en los corrillos que formaban sus parroquianos en la barbería; o las que maduraba él mismo cuando escuchaba silenciosamente los pensamientos que se formaban en esas cabezas confiadas a su navaja de barbero.

Dos días iban transcurridos sin tenerse noticia del paradero del prófugo. Diariamente preguntaba por él el cura y visitaba su casa para llevar algún consuelo a sus más próximos allegados. Las dos personas que acompañaban en la casa al señor Quijano, una ama de cuarenta años y una joven sobrina de veinte, contaron entonces al cura lo que antes no se atrevieron a decir, es a saber, que el amo de la una y tío de la otra se engolfaba largas horas en la lectura de libros que guardaba en cámara secreta. La sobrina remató el relato añadiendo que su tío pasaba a veces hasta dos días seguidos sin comer ni dormir embebido en esas curiosas lecturas.

En la tarde del tercer día, cuando ya la noche empezaba a caer sobre la aldea, mohino y maltrecho llegaba don Alonso Quijano, montado en

un asno. Cabestreaba el asno Pedro Alonso, campesino del lugar, y remataba el desfile Rocinante con la cabeza baja y portando en sus lomos un bulto con las armas del novato caballero. Hallábase presente el cura quien se informó de la manera más detallada que le fue posible del estado, sitio, y demás circunstancias en que había sido encontrado el pobre hidalgo.

El relato hecho por Pedro Alonso; las raras armas que portaba el señor Quijano cuando fue encontrado; y lo que contaron, con sobra de detalles, el ama y la sobriana, indujeron al Presbítero Pérez a suponer que la causa de todo, era la desordenada lectura y el natural descontrol que semejante manera de leer había producido. Consideró entonces como serio deber de su cargo pastoral hacer un escrutinio detallado de los libros que contenía esa biblioteca, y condenar al fuego aquellos que pudieran ser juzgados culpables de haberle hecho perder el juicio al más culto e interesante de sus feligreses.

Alonso Quijano comió con buen apetito aquella noche, y dominado su cuerpo por el cansancio, se durmió profundamente. Dejaronlo dormir tranquilo. Cuando el cura y el barbero fueron a visitarlo muy temprano al día siguiente, lo encontraron dormido todavía. De ello se alegraron y juzgaron se les presentaba una ocasión feliz de realizar el proyectado escrutinio de los libros. La sobrina abrió y todos entraron en el aposento reservado de los libros y

comenzaron a revisar uno por uno los cien volúmenes que formaban la parte principal de la biblioteca. De ordinario Nicolás bajaba los libros, el cura los examinaba y el ama arrojaba al corral por una ventana los condenados a la hoguera. Pero el cura no decidía por sí solo y con tono infalible sino que, con mucha frecuencia, solicitaba indirectamente la opinión del barbero y en muchas siguió su parecer. No todos los libros fueron condenados pues hubiera sucedido lo que el Evangelio quiere no suceda o sea que por arrancar la cizaña se arranque el buen grano. Varios de los libros fueron protegidos por el cura y otros quedaron en poder de maese Nicolás, quien se comprometió a tenerlos guardados y leerlos en privado sin prestarlos a los demás.

Los gritos que, al despertar, empezó a lanzar el que loco llevó el nombre de Don Quijote, obligaron a suspender la detallada revisión de los libros y los que quedaron fueron arrojados al corral sin mayores miramientos. Todos acudieron al lado del enfermo y tras penosos esfuerzos lograron sosegarlo y nuevamente se quedó dormido. El ama y la sobrina Antonia quemaron los libros la noche siguiente; se tapió después el cuarto y el sabio encantador Frestón pasó por ser el destructor tanto de los libros como del lugar donde cuidadosamente se los guardaba.

Quince días estuvo convaleciendo el ilustre enfermo y diariamente

recibía la visita de sus amigos el cura y el barbero. Sostenía entonces esas interesantes y largas conversaciones que permitían al cura mantener en actividad el ingenio y la agilidad mental, tan expuestos a embotarse en las mediocridades de la vida aldeana. Pero decididamente el amigo enfermo estaba dejando de ser Don Alonso Quijano, el Bueno, para convertirse definitivamente en Don Quijote de la Mancha, el Loco. El conocimiento de las almas adquirido en su noble profesión y la caritativa comprensión del estado físico y mental del amigo, llevaron al cura a guardar una actitud prudente y condescendiente, cuando el señor Quijano, tras de brillantes y sensatas disquisiciones, llegaba al centro de la idea fija de defender la caballería. El gran historiador, cuyos pasos seguimos en este estudio, comprendía la actitud del cura con estas palabras: "El cura algunas veces le contradecía, y otras accedía porque si no guardaba este artificio no había poder avenirse con él".

A escondidas de sus dos amigos y sin que sospecharan nada el ama y la sobrina, estuvo Don Quijote haciendo tratos con un campesino y logró persuadirlo a que le sirviera de escudero. Reunió dinero y una noche, sin ser vistos de nadie, salieron los dos aventureros, jinete el loco en Rocinante y en un asno, el escudero. Anduvieron toda la noche con rapidez y cautela, de modo que al rayar el día, no hubieran podido ser alcanzados.

Al darse cuenta al día siguiente el ama y la señorita Antonia de la desaparición del señor de la casa, fueron a informar al cura y, como era natural, a buscar algún consejo orientador en la dolorosa situación en que el inmortal loco volvía a colgar a estas dos mujeres.

Tomó entonces el cura una resolución extraña; la comunicó al barbero quien la aprobó y prometió secundarla; ambos la planearon y trataron de realizarla. Quiso el cura, él mismo, como buen pastor, al tenor del Evangelio, salir en busca de la descarriada oveja. Pero, cómo atraerlo? . . . Haciendo una llamada a sus tendencias caballerescas. Empezaron viaje el cura y el barbero y se hospedaron en la tienda donde días antes habían estado don Quijote y Sancho. A la hora de comer notaron que un viajero se detenía frente a la tienda vacilante entre pasar de largo o entrar a tomar algo caliente: era el mismo Sancho montado en Rocinante, caballo de su señor; habiéndolo reconocido comenzaron a pedirle datos sobre el sitio donde estaba el amo. Sancho se negó a darles informes. Astuto y hábil Nicolás lo encaró diciéndole que si no les daba los informes que deseaban era porque era cierto lo que ya imaginaban, o sea que había dado muerte a don Quijote para robarlo como era prueba palpable el ir montado en el caballo de su señor.

Ante esto, Sancho que se definía a sí mismo y se consideraba como un cristiano viejo, rechazó la incul-

pación y, para que quedara en limpio su honor, prometió llevarlos al sitio donde quedaba Don Quijote, muy a su gusto, haciendo penitencia por amor a Dulcinea.

El cura que "era muy tracista", dice el historiador, forjó una ficción capaz de conmover a quien había tomado como norma de su vida aventurera "el desfacer entuertos". El, el cura, haría el papel de una princesa cuitada que confiaba al poderoso brazo de Don Quijote la devolución de su reino del que injustamente había sido despojada. Nicolás haría el papel de escudero de la tal princesa.

Empeñó el cura una sotana nueva que llevaba, a cambio de una saya y unas tocas femeninas; "y, añade la historia, la ventera misma vistió al cura de modo que no había más que ver"; el barbero a su vez se disfrazó lo mejor que pudo. Mucha risa causó a Sancho el verlos así y ellos lograron convencerlo de la necesidad de usar esos arreos para poder realizar su intento con el ilustre loco.

Salieron todos; se despidieron y Maritornes, aunque pecadora como ella misma se llamaba, prometió rezar un rosario entero para que tuviera buen éxito la empresa. "Mas apenas hubo salido de la venta, dice el historiador, cuando le vino al Cura un pensamiento: que hacía mal en haberse puesto de aquella manera, por ser cosa indecente que un sacerdote se pusiese así aunque le fuese

mucho en ello; y diciéndoselo al barbero, le rogó que trocasen trajes, pues era más justo que él fuese la doncella menesterosa, y que él haría de escudero, que así se profanaba menos su dignidad; y que si no lo quería hacer determinaba de no pasar adelante, aunque a Don Quijote se lo llevase el diablo”.

Maese Nicolás aceptó el trueque pero resolvieron no disfrazarse sino cuando estuvieran cerca del lugar. La presencia de Cardenio y Dorotea, a la entrada misma de la Sierra Morena, proporcionaron dos magníficos personajes para la ficción tramada por el cura, y no hubo necesidad ni que este se vistiera de doncella, ni que lo hiciera el barbero Nicolás.

Todo empezó a resultar muy bien, porque el cura, libre de papel especial en la comedia, fue el director de escena y estuvo siempre atento a dirigir con habilidad los personajes y la acción para que contribuyeran eficazmente a la realización del deseado fin.

Durante estos episodios pudo conocerse el concepto que se había formado el cura de su hidalgo feligrés. En un momento en que a solas, felicitaba a Dorotea por haber sabido salir con bien de una peligrosa resbalada que había tenido en el desempeño de su papel, aprovechó el cura para dar esta apreciación sobre Don Quijote: “Fuera de las simplicidades que este buen hidalgo dice tocantes a su locura, si se le tratan otras cosas, discurre con bonísimas razones y muestra tener un entendi-

miento claro y apacible en todo; de manera que como no le toquen en sus caballerías, no habrá nadie que lo juzgue sino por de muy buen entendimiento”.

Por lo demás esta estima era recíproca. En esta misma circunstancia, al reconocer Don Quijote al cura, quiso obligar a este a usar la cabalgadura que habían asignado al caballero. “Al verlo a pie, dice el historiador le ofreció su cabalgadura diciendo: Déjeme vuestra merced, señor Licenciado; que no es razón que yo esté a caballo y una tan reverencia persona como vuestra merced esté a pie”. Cuando más adelante echan en cara al caballero andante el haber dado libertad a los galeotes que llevaba la Santa Hermandad, respondió él que no entendía nada de caballería quien condenase esa acción, haciendo, sin embargo, una salvedad respecto del cura: “Salvo, dijo, la santa dignidad del señor licenciado y su honrada persona”.

Es muy interesante destacar esta noble estima del hidalgo por su cura párroco.

En los veintiséis capítulos que la primera parte del Quijote dedica a esta ficción, con los numerosos episodios que la acompañan, como la lectura hecha por el cura de la novela de *El curioso impertinente* y los relatos del Cautivo, desempeñó el Licenciado el papel principal. Largo sería e inútil al tiempo ponernos a recordar estos hechos en que la figu-

ra del presbítero Pedro Pérez queda perfectamente delineada. El curioso historiador a quien cupo el honor de desenterrar del olvido esta historia, resume la actuación del cura con las siguientes palabras: "Todo lo ponía en su punto el cura, como discreto, y a cada uno daba el parabién del bien alcanzado".

Sin embargo, hay que tener el valor de confesarlo, la estratagema iba camino de fracasar por el sinnúmero de imponderables que se presentaron. Desde largas demoras hasta burlas pesadas y crueles de que hicieron objeto al inocente loco. Por lo demás se había carecido de tacto psicológico en esa invención, exaltando la morbosa imaginación de Don Quijote, con las perspectivas de una memorable aventura. En su delirio nocturno el loco acuchilló unos cueros de vino, y viendo correr el líquido que encerraban, juzgó que había cercenado la cabeza de un descomunal gigante y con gran serenidad dijo al otro día a la que hacía papel de princesa que bien podía ya vivir segura pues había dado muerte a su enemigo.

En la mente de Sancho habían comenzado a surgir dudas sobre la autenticidad de la reina Micomicona, pues era muy difícil, y en ello también careció de psicología el cura, mantener inactivos mucho tiempo a dos enamorados. Y malicioso Sancho había observado que la tal princesa cuitada no tenía mayores deseos de llegar a su reino, habiendo como había encontrado caluroso nido en el

corazón de su amante. El fruto de sus observaciones lo manifestó con estas palabras dichas a su amo: "...yo tengo por cierto y por averiguado que esta señora que se dice ser reina del gran reino Micomicón, no lo es más que mi madre; porque a ser lo que ella dice no se anduviera hociendo con alguno de los que están en la rueda a vuelta de cabeza y a cada traspuesta".

El enfado que estas palabras produjeron en Don Quijote, gran caballero quien jamás toleraba que en su presencia se hablara con descortesía de ninguna dama, amortiguó en Sancho el impacto que hubieran producido en su alma las cosas que observaba en la princesa y su escudero.

Para evitar, pues, que con estas circunstancias fuera definitivamente a fracasar la empresa, optó el cura por tomar una actitud un tanto brutal: hizo encerrar en una jaula de locos al caballero andante y, sobre un carro tirado por bueyes, lo encaminó a su aldea. La noble campesina de Sancho protestó por esta crueldad y el lector inconscientemente también protesta y reconoce que solo porque realmente no había otro procedimiento, se acepta que el cura empleara semejante proceder. El reclamo de Sancho termina con estas palabras: "...Todo esto que he dicho, señor Cura, no es más de por encarecer a su paternidad haga conciencia del mal tratamiento que a mi señor se le hace, y mire bien no le pida Dios en la otra vida esta pri-

sión de mi amo, y se le haga cargo de todos aquellos socorros y bienes que mi señor don Quijote deja de hacer en este tiempo que está preso”.

El prudente silencio del cura ante estas muestras del exaltado enfado de Sancho contrastó admirablemente con la respuesta burlona de Maese Nicolás, que provocó una contrarréplica formidable de Sancho en que el barbero no quedó muy bien parado ni sus ingeniosidades tampoco.

Quizás un tanto apenado por haber tenido que proceder así con su súbdito espiritual, tuvo el Presbítero Pérez la inteligente precaución de no encontrarse presente a la llegada del loco aventurero y fueron el ama y la sobrina quienes recibieron al enfermo. Sin embargo el cura no dejó de recomendar en particular a Antonia, la sobrina, que “tuviera gran cuenta con regalar a su tío y que estuviera alerta de que otra vez no se escapase, contando lo que había sido menester para traerle a su casa”.

Un mes pasó el cura sin ver a Don Quijote aunque diariamente preguntaba por el estado de su salud. Los informes eran cada día más consoladores; y al cabo de ese tiempo, como pareciera real la curación del hidalgo, resolvióse al fin a visitarlo.

En compañía de Nicolás, llegaron a casa del que ya reputaban nuevamente como el señor Alonso Quijano. La impresión primera fue muy satisfactoria porque realmente discu-

rría como cuerdo. Por eso juzgaron como de ninguna necesidad el cumplir la secreta promesa que habían hecho de no tocar temas que pudieran rozarse, aunque fuera solo de lejos, con la caballería y encauzaron la conversación hacia los problemas que afrontaba el rey en la guerra contra el moro. “Dios te tenga de su mano, pobre don Quijote”, se dijo interiormente el cura cuando el enfermo señaló como el mejor remedio uno que era simplemente caer en los abismos de su locura.

Fue entonces cuando el burlón de Nicolás contó el cuento aquel de los locos de Sevilla y que no pudo excusarse de referir “por venir de molde” como él mismo entonces afirmó. Entendió Don Quijote la maliciosa alusión del barbero y empezó, con dignidad ofendida, una verdadera apología de la caballería andante. Las intervenciones del cura son delicadas y prudentes; la conversación se prolonga por un tiempo, pero la conclusión que sacaron los dos visitantes fue la de que no había tal mejoría y que muy pronto volvería a escapárseles.

Un nuevo personaje intervino entonces en la historia. Acababa de llegar a la aldea después de sacar su título de Bachiller en filosofía y teología, en la universidad de Salamanca, el joven Sansón Carrasco. Era hijo de Bartolomé Carrasco, indica puntualmente el historiador y con ello señala un nombre conocido ampliamente en aquel lugar de la Mancha.

Entre los estudiantes de Salamanca ya había circulado la historia de Don Quijote y naturalmente el joven tenía deseos de conocer a ese paisano suyo, cuyas hazañas se celebraban de seguro, más fuera de la aldea que en su propia patria chica. Fuera de la aldea, la distancia, lo hacía interesante y simpático cuando en ella, la presencia, incitaba risas y comentarios unos burlones y otros caritativos.

Don Quijote amistó fácilmente con el joven Bachiller quien a su vez entró en el reducido círculo de intelectuales formados por el cura, el barbero y el caballero andante.

Sansón contó a Don Quijote lo que ya la historia decía de él y su escudero; resolvió, en la fuente misma del héroe, algunas dudas surgidas por ciertas, al parecer, infidelidades de su historiador, a pesar de llamarla este, no sin alarde, *verdica historia*.

La inteligencia y la edad propia a la aventura indujeron a Sansón Carrasco a prestarse para una estrategia mejor planeada de atraer al loco y obligarlo a dejar las armas por determinado tiempo. Tratando de corregir los errores psicológicos de la primera intentona, Carrasco, el Barbero y el Cura planearon una estrategia que en síntesis consistía en lo siguiente:

No solo se dejaría salir a don Quijote, sino que se le incitaría a hacerlo por los bienes que por su inactividad estaban dejando de produ-

cirse en el mundo de los necesitados. Al poco tiempo saldría Sansón disfrazado de caballero, presentaría batalla al hidalgo, lo derrotaría y lo obligaría, por el honor jurado en la noble institución que lo había enloquecido, a recluirse a su lugar durante un año o todo el tiempo que el vencedor dijera. Planeadas así las cosas con tanta precisión, el resultado no podía dejar de ser satisfactorio.

Incitados por su amigo, el simpático bachiller, salieron don Quijote y su escudero, utilizando nuevamente las sombras de la noche. Casi siguiéndole los pasos, partió también Sansón Carrasco con Tomé Cecial como escudero. Una noche y en medio de un bosque se encontraron. El caballero de los Espejos, que así se bautizó el bachiller Carrasco, ensartó muchas mentiras, la mayoría destinadas a provocar la indignación de Don Quijote. Logró que este lo desafiara al fin para probarle con el valor de su fuerte brazo que Dulcinea del Toboso era más hermosa que Casildea de Vandalia, supuesta dama del disfrazado caballero. Sin embargo para que hechos tan gloriosos no quedaran a la sombra, porque ellos debían brillar a la luz del día, esperaron a que amaneciera para efectuar el desafío.

Una serie de circunstancias adversas dieron el triunfo a Don Quijote y el resultado, no fue el esperado por el Cura, el Barbero y el improvisado caballero, sino el de que siquiera el loco convencido de su fama

de valiente y siguiera Dulcinea siendo, por lo menos en la imaginación enfermiza de su caballero adorador, la mujer más hermosa de la tierra.

Un mes estuvo Sansón Carrasco curándose de los efectos de la mala caída que sufrió en esta aventura. Este y dos meses más forman el período de tres meses que comprende la segunda parte de la Historia de Don Alonso Quijano.

Fuera de la intervención inicial como colaborador y consejero de Sansón Carrasco en la nueva estratagema ideada para reducir al feligrés caballero, la acción del cura es mucho menor en esta segunda parte de lo que fue en la primera. En los tres meses que duró la ausencia de Don Quijote, solo vuelve a figurar el licenciado al recibir Teresa Panza la carta de la duquesa, porque la esposa de Sancho no pudo contener su alegría, como tampoco Sanchica.

El cura conoce la carta y la conoce también Sansón Carrasco y el Barbero. Tómanla como una burla, pero sus juicios se suspenden ante el hecho cierto de la legitimidad de las alhajas enviadas como regalo por la duquesa. Pareciera natural, sin embargo, que Teresa consultara con el cura la respuesta de la carta por la categoría de la persona a quien iba a dirigirse, y no lo hizo así; tal vez le habría perdido en parte la confianza, máxime si conoció de labios de Sancho, que era precisamente el cura quien había estorbado el viaje de Don Quijote al reino Micomición.

Teresa prefirió confiar el cuidado de redactar la carta a un monacillo a quien dio en pago, puntualiza la historia, "un bollo y dos huevos".

Tres meses después de la primera intentona, volvió Sansón Carrasco a probar suerte y con el nombre de Caballero de la Blanca Luna, fue a Barcelona, en busca de Don Quijote; lo encontró, le presentó batalla, lo derrotó y lo obligó conforme a lo maquinado con el cura, a regresar a su aldea y a permanecer por un año entero quieto y sin tomar las armas. Prometiéndolo así por su honor de caballero y regresó entristecido a su lugar dispuesto sin embargo a cumplir fielmente lo jurado al caballero vencedor.

Al entrar en su pueblo estaba el cura, dice la historia, en un pradillo rezando y con él estaba también Sansón Carrasco quien se arrojó a los brazos de su vencido amigo; contóles este la triste tragedia de su vencimiento, y les comunicó la resolución que había tomado de hacerse pastor durante el tiempo de su forzosa quietud.

La postrera intervención del cura no es otra sino el serio y sublime cumplimiento de su sagrado ministerio sacerdotal en el instante cumbre de la vida en que "no se ha de burlar el hombre con su alma". El cura lo confesó, le administró los sacramentos y asistió en los últimos instantes al feligrés amigo, quien tuvo una muerte tranquila y piadosa.

Asentó, el cura en seguida la partida de defunción de Don Alonso Quijano; y al desaparecer del mundo de los vivos Don Quijote de la Mancha, deja también de figurar en las páginas de la historia el señor Presbítero Pero Pérez.

Son estos los más salientes hechos conocidos de la vida del Presbítero Pero Pérez; conviene ahora hacer algunas observaciones inspiradas en ellos.

La múltiple personalidad de Cervantes se transparenta no solo a través de sus palabras, sino con mayor objetividad a través de los personajes que actúan en la inmortal novela. Es cierto que la mentalidad de Cervantes en lo que tiene de más espiritualmente depurada se capta por las palabras de Don Quijote; pero el pensamiento cervantino tiene modalidades transmitidas puntualmente por Sancho, o Maese Nicolás, o Sansón Carrasco, o el Cura, o Teresa Panza o los otros personajes por menudos que sean. Todos y cada uno de ellos pueden levantarse para decirnos: "Por mis labios habló Cervantes; yo soy parte de su ser: y si queréis tener de su alma un concepto completo, no podéis dejar de estudiarme a mí, por pequeño que sea, pues soy hecho a semejanza de algo de él".

En el estudio de la sicología de los grandes escritores, máxime si fueron creadores de caracteres, hay que buscar aspectos del subconsciente debajo de dichos caracteres. Deje-

mos a un lado los otros personajes y fijémonos solamente en el Cura.

El donoso escrutinio de los libros del ilustre caballero andante, es considerado como una crítica literaria; y muchos de los juicios emitidos por el cura sobre esos libros, se repiten como la mejor calificación y también la más autorizada que podrían ellos recibir. El primer aspecto que el cura hace resaltar de la personalidad de Cervantes, es su cultura literaria y la capacidad que tenía de juzgar de la bondad no solo moral sino artística de las obras literarias que más circulaban en su época.

En la conversación que sostuvo el cura con el canónigo y que figura en los capítulos XLVII y XLVIII de la primera parte, el tema principal lo constituye el análisis de los libros de caballería y de las comedias que en ese entonces se representaban en los escenarios españoles.

Las ideas del Cura, o mejor de Cervantes a través del Cura, las expone en la respuesta que da al canónigo, relatada en el capítulo XLVIII. Sobre el teatro pueden reducirse a tres principalmente: 1ª La comedia ha de acomodarse lo más posible a la realidad y conformarse con la verdad histórica; muéstrase ahí no poco aficionado a la triple unidad. 2ª El fin de las obras de teatro ha de ser la moralización de las costumbres. 3ª Ha de crearse un tribunal que juzgue no solo de las obras teatrales sino también de los libros de caballería. No constituye ningún

anacronismo el que un cura párroco de los tiempos de Cervantes tuviera este último concepto de sabor un tanto inquisitorial.

Otro aspecto de la personalidad literaria de Cervantes encarnada en el Cura es la expresada al decir que este era *muy tracista*. Con ello se indicaba la capacidad de formarse un plan y crear el argumento de una ficción. Sin duda que Cervantes lo era como son prueba los originales argumentos de sus obras de teatro, de sus novelas y sobre todo del inmortal Ingenioso Hidalgo Don Quijote de la Mancha.

Pero no nos interesa tanto lo que el Cura haya sido como expresión de ideas cervantinas, sino sobre todo lo que él significa como símbolo, esto es, como personaje creado en una de las obras cumbres de la literatura universal.

En un raciocinio de gran rigidez dialéctica nos demuestra Don Miguel Antonio Caro el carácter épico del Quijote. Las palabras textuales de Don Miguel Antonio Caro son:

“Yo creo que el Quijote es el poema de los españoles y para demostrarlo basta observar que este libro es a España, y en grado eminente, lo que son a los otros pueblos las grandes epopeyas”.

Si el Quijote es la epopeya de la lengua española, era natural que en él quedaran personificados los elementos humanos que más han influido en la configuración de la raza

hispana; ahora bien uno de los factores humanos de mayor importancia, sobre todo en los ambientes urbanos de poca extensión, es el cura párroco. El cura que aparece en El Quijote es la caracterización épica de un cura párroco de nuestras poblaciones. De esos lugares que, como el célebre de la Mancha, donde vivió el héroe, no serán quizás citados en la historia y nadie se acordará de ellos.

Por lo que hemos recordado de la historia del Presbítero Pero Pérez, nos dimos cuenta que era él un sacerdote comprensivo y de mirada amplia, es decir, con las condiciones para ser párroco de una pequeña población donde es mucho el acopio de paciencia que ha de tener el cura de almas.

Destaquemos algunas de estas cualidades: Era prudente; virtud esta notable en un pastor de almas. No contradecía solo por hacerlo; sabía escuchar y aceptaba el hecho trivial, quizás por trivial tan olvidado, de que los demás tienen algunas cosas que decir, aun sobre temas religiosos. Pero esta prudencia se destacó en forma especial cuando se dio cuenta que no le convenía disfrazarse de doncella, mostró en ese caso un serio sentido de la jerarquía de los valores que lo inducía a conservar su puesto, y no ocupar el que mejor que él podrían desempeñar los seglares, como entonces sucedió.

Prudencia de gobierno muestra al saber mantener vinculados a la pa-

roquia por medio de la amistad a personajes más influyentes del poblado; eso, a más de facilitarle colaboradores, como lo fueron a su debido tiempo Nicolás y Sansón Carrasco, le permita mantener el espíritu en cierta actividad superior que le impedía caer en las mediocridades de ese ambiente aldeano.

Era piadoso y el historiador lo vio rezando el oficio divino; tenía hacia las cosas de religión y de su cargo el respeto que ellas merecían. Cómo se reviste de sublime seriedad el Licenciado, cuando se trata de la postrera confesión del feligrés enloquecido!

Visitaba a los enfermos y preguntaba por el estado de su salud; mantenía las relaciones humanas que su cargo le pedía; trataba a todo mundo con amistosa cortesía, y de seguro que su casa fue la casa de todos como lo pudo notar entre nosotros el poeta de los niños.

Pero no todo es perfecto y con su vida mostró el Cura de la Mancha, que hay peligros en la manera de actuar y pueden cometerse equivocaciones, aun teniendo las más puras y rectas intenciones.

La formación de círculos estrechos de amistades, pueden disminuir el campo de acción apostólica; si la conversación con Don Quijote, aparte de los temas de caballería, mantenía en actividad lo más noble del espíritu; sin embargo el trato con el guasón de Nicolás y el burlón de Sansón, llevaronlo a usar de la bur-

la con ciertos feligreses. La burla que no pudo dejar de manifestar con motivo de la carta de la duquesa a Teresa Panza, enajenó la confianza de esta en su párroco, como es prueba el no haber acudido a él para pedirle consejo sobre la respuesta que debía dar a tan ilustre persona.

En la manera de ejercer el apostolado no se muestra ni encogido, ni tímido; posee una cultura general que le permite tomar parte en conversaciones de cierto nivel intelectual.

Por propia experiencia aprendió que son mejores y más efectivos los caminos de la verdad que los de la farsa. Esta a la postre es descubierta y no le conviene a él emplearla: ejemplo elocuente, la realmente inútil farsa de la princesa Micomicona. Cuando esta farsa estuvo a punto de ser descubierta por Sancho hubo necesidad de acudir a la fuerza y encerrar al loco en una jaula. Pero la jaula no puede curar a nadie, y de ella salió Don Quijote más loco que antes.

Enseñado por la experiencia de este primer fracaso, supo en el segundo y eficaz intento provocar la colaboración de un seglar dotado de excepcionales cualidades para ello. Sansón Carrasco y no él fue el que se vistió de caballero para ir en busca nuevamente de Don Quijote. Un fracaso primero y luego el final triunfo, fueron la recompensa de su esfuerzo. Este episodio encierra una

gran lección. Un seglar aconsejado, dirigido y animado por su cura párroco, logró realizar una labor que fue más eficaz que aquella en que el cura mismo había deseado hacer lo principal.

Supongamos por un momento que se le hubiera ocurrido al cura, como en el caso de la princesa ya citado, revestirse él de caballero y que todo hubiera sucedido como sucedió; tal vez el inocente loco recibiera encima de su locura una excomunión por haber puesto las manos en un ministro sagrado.

A Sansón Carrasco, seglar, no le quedaba tan mal ser derrotado y ni se veía tampoco muy mal el que se desquitara y a la postre realizara su piadoso intento. El saber utilizar así la colaboración de los seglares en su sagrado ministerio es una lección que tiene vigencia en todos los tiempos. Y es también una de las enseñanzas más importantes que se desprenden de la actuación del Presbítero Pedro Pérez, notabilísimo cura párroco, el más importante de España, con perdón de todos los curas que español hablen.

HERMANO RAMIRO PINZON MARTINEZ, F. S. C.:

Ha sido Provincial de los Hermanos de las Escuelas Cristianas en Colombia. Rector de la Academia La Salle de Bogotá y del Colegio La Salle de Villavicencio, fundador y primer Rector del Colegio La Salle de Cúcuta. Ha publicado numerosas obras para la enseñanza de la Literatura y de las Matemáticas en el bachillerato; ha publicado, además, dos libros sobre el Folclor Colombiano ("Poesía Popular del Norte de Santander" y "La Ensaladilla" en el folclor colombiano) y un libro de poemas lasallistas "Quem Sion Gaudens". En 1971, la Universidad de La Salle le confirió el título de doctor Honoris Causa. Nació en Charalá (Santander), en 1914.